

UNA VISIÓN DEL MOMENTO TURÍSTICO

Mirar hacia otros mercados complementarios del británico es una excelente opción. En Europa seguimos teniendo muy buenas oportunidades con mercados en general poco explotados



Enfocados

José Luis Gascó

► Catedrático de Organización de Empresas y director del Instituto de Investigaciones Turísticas de la UA

Desde una perspectiva de volumen y aunque aún no tenemos datos finales del ejercicio turístico, parece que 2018 no será nuestro mejor año. No obstante, en mi opinión, es necesario tomar una cierta distancia y relativizar algunas de las informaciones que vamos conociendo.

El turismo sigue gozando de buena salud, mostrando una fortaleza que sin hacerlo inmune a las crisis, si actúa de soporte en tanto que factor de compensación entre zonas con diferentes niveles de desarrollo y de impacto de las crisis que habitualmente afectan a áreas concretas. Para nosotros ha sido un elemento fundamental para limitar los efectos de una crisis que en otro caso, podría haber sido mucho más dura.

Este sector nos sigue ofreciendo buenas oportunidades, aunque algunos factores que no controlamos han

incidido negativamente en el ajuste que estamos viendo este año: la expectativa de un Brexit complejo aún no resuelto; la reapertura de destinos en el norte de África; la inestabilidad política en Cataluña, agravada en los últimos días, con impacto más directo en esa Comunidad pero afectando también al resto del territorio; o una meteorología poco propicia a las escapadas por mejora global del tiempo en centro y norte de Europa, consecuencia del cambio climático que cada día contemplamos con mayor preocupación.

En esta reflexión sobre los retos del sector, adquiere entidad propia la economía que podemos calificar como de plataforma como consecuencia de las importantes aportaciones que para las transacciones comerciales ha supuesto el avance de las tecnologías basadas en internet y su capacidad de relacionar administraciones, empresas y personas.

Se trata de una forma de relación que afecta a todos los sectores aunque en algunos, como el turismo, está muy arraigada, definiendo nuevas realidades económicas que tienen sentido en muchos casos, pero cuya falta de regulación específica y uniforme, o regulaciones no del todo contrastadas, facilita también la irrupción de una economía sumergida que aporta poco al bien común, e incluso puede atentar directamente al modelo turístico que pretende un destino concreto. Es el caso, por ejemplo, de las viviendas turísticas

que están modificando de manera relevante y sin un control efectivo, el alojamiento en algunos destinos turísticos, de manera que en muchos casos el volumen de plazas «no regladas» ya supera a las regladas. Pero tampoco podemos demonizar este tipo de alojamiento, vinculado frecuentemente a segundas residencias, que constituyen uno de los pilares de nuestro modelo turístico, a la vez que suponen una importante forma de arraigo del turismo de nivel medio en nuestra zona.

Esta economía de plataforma se ha desarrollado muy rápidamente como consecuencia de la digitalización creciente de la actividad turística, con mejoras en eficiencia, rapidez, calidad o conocimiento del cliente, en toda la cadena de valor turística y que progresivamente están incorporando las empresas del sector que, en otro caso, podrían quedar fuera del mercado, ya que el usuario emplea la tecnología en todo el proceso turístico (identificación de destino, selección y compra de la mejor opción, y compartir su experiencia). La tecnología, por tanto, es uno de los retos importantes del sector.

Y por supuesto, como comentaba, el Brexit, que va progresando día a día pero cuya solución no parece próxima tras la retirada por el gobierno británico de la votación en su Parlamento prevista para el 11 de diciembre que convalidara la «versión blanda» de desconexión negociada por la primera ministra británica con la Unión Europea, que podría ayudar a mantener los niveles actuales de confianza de los turistas que salvo caídas drásticas de la libra frente al euro, no tendrían argumentos relevantes para abandonar los destinos actuales en nuestra zona –y

son nuestros mayores clientes-.

En este punto entramos en un territorio nuevo, inexplorado, que podría ser mucho más difícil –tal como ha apuntado el propio Banco de Inglaterra-, y que en estos momentos empieza a descontar el mercado, con cifras preliminares de reservas de turistas británicos para la próxima temporada estival parece que primando a países como Turquía o Túnez, con mejor paridad de la libra frente a sus monedas, aunque no son datos que podamos considerar definitivos.

En cualquier caso, mirar hacia otros mercados complementarios del británico es una excelente opción. En nuestro continente seguimos teniendo muy buenas oportunidades con mercados en general poco explotados, siempre que trabajemos bien la oferta adicional al alojamiento, sol y playa, poniendo en valor toda la oferta que tenemos, vendiendo destino global con todas las sinergias que podemos encontrar, y marchando juntos –administraciones y empresarios- para destacar los valores que nos diferencian y aprecian nuestros visitantes. Porque el mundo es cambio y continuo sobresalto; es aquel término VUCA (volátil, incierto, complejo y ambiguo), que se puede aplicar perfectamente al turismo, por lo que las preocupaciones cambiarán, pero seguirán existiendo.

La diversificación y la oferta global –costa e interior, con énfasis en el producto o en la línea específica capaz de atraer en un primer momento al segmento de clientes al que nos dirigimos- son claves, pero sin olvidar el mercado británico que con brexit o sin brexit sigue siendo imprescindible para nosotros.



Las cuentas de la vida

Daniel Capó

El gran tema de hoy ya no es la fractura social ni el conflicto ideológico entre derecha e izquierda, sino la deslegitimación general de la Europa democrática que se construyó tras la posguerra.

La mitología griega nos habla de una misteriosa tinaja que encerraba todos los males del mundo. Nadie sabía exactamente cuáles eran ni cuál el número de demonios que ahí se recluían. Sólo la inocencia y la curiosidad de los hombres podía liberarlos, de modo que mostraran su rostro. Para los griegos, esto es lo que hizo Pandora, hija de Efesto y esposa de Epimeteo, el titán bondadoso que personificaba la ingenuidad. El relato de Pandora pertenece al origen de los tiempos, pero

LA CAJA DE PANDORA

su valor es arquetípico. Nos habla de la contención del mal y de su presunto valor liberador, nos habla de la ausencia de previsión y de una cierta ceguera –de ahí el nombre de Epimeteo: «el que reflexiona tarde»– ante las consecuencias de nuestros actos.

A lo largo de la historia, la caja de Pandora se ha cerrado y reabierto múltiples veces. Casi podríamos referirnos a un movimiento circular que se asemeja a los ciclos de la naturaleza. Las naciones prosperan en la medida en que contienen sus vicios y fomentan sus virtudes. La democracia se asienta allí donde se refrenan las pasiones descontroladas. Es una cuestión de leyes, pero más aún de cultura, de costumbres, de civilización. En su clásico tratado sobre la democracia en América, Tocqueville observó el papel crucial que desempeñaban las creencias religiosas en la consolidación de la nueva forma política. Una economista de referencia como Deirdre McCloskey preferirá hablar de las virtudes burguesas para explicar el extraordinario desarrollo económico que propició el capitalismo. En el fondo, am-

bos autores apelan a unos principios anteriores a la ley y a las instituciones que las hacen funcionar adecuadamente. A corto plazo, la ley es contención. A medio y largo plazo, sin embargo, necesita alimentarse de una legitimidad compartida. Podríamos decir que el desgaste de la legitimidad democrática de nuestras instituciones equivale a la apertura de la famosa caja de Pandora: los muros ceden y se agrietan, las pasiones se desatan y rige la emocionalidad política. Quizás, como Epimeteo, todos reflexionamos demasiado tarde sobre las consecuencias de nuestros actos.

El gran tema de nuestro tiempo ya no es la fractura económica entre las clases sociales ni el conflicto ideológico –más o menos abierto– entre conservadores y progresistas, sino el agresivo proceso de deslegitimación que sufre la democracia

El tema ya no es la fractura económica entre clases sociales ni el conflicto ideológico, sino el agresivo proceso de deslegitimación que sufre la democracia

parlamentaria: el mundo de las instituciones liberales y representativas que se construyó en Europa tras la posguerra y en España tras la muerte de Franco. El eje se ha desplazado, porque el consenso constitucional equivalía a nuestra caja de Pandora y su apertura se ha traducido en el resquebrajamiento de su estructura. El eje se ha desplazado, porque la magnitud de las revoluciones demográficas, comerciales, tecnológicas y de valores que están en marcha cambia el rostro de la sociedad. El eje se ha desplazado, porque Occidente de pronto ha descubierto que, por debajo de su manto de seguridades, se ocultaban viejos demonios como el miedo o la ira. El eje se ha desplazado, en definitiva, porque hay mucha gente que no se siente ya representada por sus elites. Para estos ciudadanos, la legalidad constituye una pantomima que carece de legitimidad. Se trata de una idea inquietante. Entre otros motivos, porque la Historia nos recuerda que un mundo así –un espacio donde solo rige la hostilidad– es un lugar sombrío, poblado de fantasmas y miedos.